

# Opiniones Universitarias sobre

LIC. MARIANO AZUELA

Profesor de Garantías y Amparo en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.



Si fuera entendido en pintura no tendría la audacia de opinar sobre la Exposición de Diego Rivera, porque me reduciría a exponer una serie de lugares comunes para el técnico y de conceptos ininteligibles para el profano; tendría que referirme a la riqueza de colorido, la abstracción estilística, el sentido plástico, el genial agrupamiento, etc. Mi opinión es un tanto la del que asiste por primera vez a una gran corrida de toros para confundir a los matadores con los peones de brega y fijarse más en las porras del tendido que en lo que pasa en el ruedo.

Pero la verdad es que todos los que nos las damos de cultos, precisamente porque somos contemporáneos de Rivera y Orozco, estamos obligados a esforzarnos por comprenderlos; debe haber sido bien ridículo vivir en Toledo de vecino del Greco y haber creído que era un pintamonos loco.

La exposición ha sido sintomática de la reacción de las masas —entre las que nos colocamos— ante el arte moderno auténtico; y nos ha reservado algunas sorpresas.

En primer término, hemos reiterado una importante observación: el valor de la obra de arte que se aparta de los viejos caminos está sujeto a la prueba del tiempo; las nuevas formas de expresión ofrecen terreno propicio a los audaces que refugian en ellas su impotencia y pretenden mixtificarnos afirmando que no nos gusta lo que no entendemos, que confundimos lo bello con lo bonito, que le exigimos a la pintura cursilería poética, novela o valores que le son extraños, que la pintura no es filosofía ni política, que la pintura es filosofía y política y otras cosas ciertas y falsas por el estilo, aparte de la consabida incompreensión de los genios por sus contemporáneos.

Pero el tiempo pasa, insensiblemente nos vamos educando en las nuevas formas y entonces comprobamos el derrumbamiento de lo que naciera frustrado —cubismo, dadaísmo, estridentismo, etc.— y distintos a la consolidación de lo verdaderamente artístico, como acontece con la obra definitiva de Rivera; un tanto asombrados advertimos cómo aún el que prefiere la pintura de corte clásico o académico gustará más del Diego que se encontró a sí mismo, que del Rivera de los principios.

La exposición tiene, por lo demás, el valor inestimable de constituir toda una historia de la pintura moderna y aporta el espectáculo ejemplar del gran artista que pasa por etapas insinceras y negacio-

nes de sí mismo para encontrarse en realizaciones indiscutibles.

Llaman también nuestra atención los trasfondos psicológicos de la exposición: esas nuevas ricas a las que el pintor aprovecha como manequés para deleitarse en los colores del rebozo de bolita o del traje de tehuana; esos retratos de cuerpo entero que, según envidiosa observación de Francisco Marín, lo que tienen de más expresivo son sus zapatos americanos con luminosa boleada de a tostón; altos funcionarios con solemnidad de filósofos que nos evocan un poco la ridícula prestancia del Borro de Velázquez; y ese hermoso contraste entre el indio que oculta honestamente su rostro llevando a cuestras el enorme manojito de alcatraces y el banquero marxista que lleva en los ojos el peso del capital en que vendió al Estado su ideología, pues a los grandes pintores como a los grandes novelistas los personajes se les salen del cuadro y les juegan sus bromas; hasta llegar a la piedra de escándalo de la exposición, el retrato de nuestra Sor Juana Siglo XX —*quia pulvis eris et pulvis reverteris*—, frustrado choteo del misticismo de *Ambassadeurs*; y el existencialismo criollo en contraste con la hermosa tentación de San Antonio que cualesquier católico quisiéramos poseer sin ningún temor de incurrir en la ira de Dios.

Y a propósito, para que ningún tonto nos coloque en las orillas de la excomunicación, tenemos que decir que si la pintura salió bien parada y hermoçada de manos de Diego, también Dios se conservó omnipotente, omnisciente e infinito, porque el pintor, cuando quiso afirmarlo, lo expresó con su pintura en el fresco del Anfiteatro de la Preparatoria, y cuando quiso negarlo, acudió al muy antipictórico sistema del letrero de manifestación proletaria, como si Fray Angelico hubiera necesitado colocar letreros teológicos en las manos de sus santos para demostrarnos que creía en Dios.

Por lo demás, y que nos perdonen el mismo Diego y el Gran Concilio Comunista, la teología al revés de nuestro gran pintor interesará tanto dentro de 500 años como nos interesa la desconocida Filosofía de la Historia de Rubens o de Rembrandt.

LIC. JAIME GARCIA TERRES

Subdirector del Instituto Nacional de Bellas Artes.



Diego Rivera es un pintor discutible, pero no discutido. Es uno de los más grandes pintores no solamente actuales, sino de nuestra historia, ya que ha sabido asimilar lo

que en realidad es esencial al arte mexicano, y le ha dado proporciones universales.

La Exposición es un esfuerzo de los más caros, se ha hecho con conciencia de su importancia y trascendencia, y son más de mil cuadros los que se presentan.

Diego es un gran muralista, y como tal debe entenderse, sin perjuicio de la gran calidad de su obra de caballete; yo prefiero sus cuadros de mayor intimidad, los menos aparatosos.

Su obra no tiene términos medios, todo lo hace grande, es perfectamente genial o es perfectamente indigna de Diego.

JUSTINO FERNANDEZ

Crítico de Arte y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras.

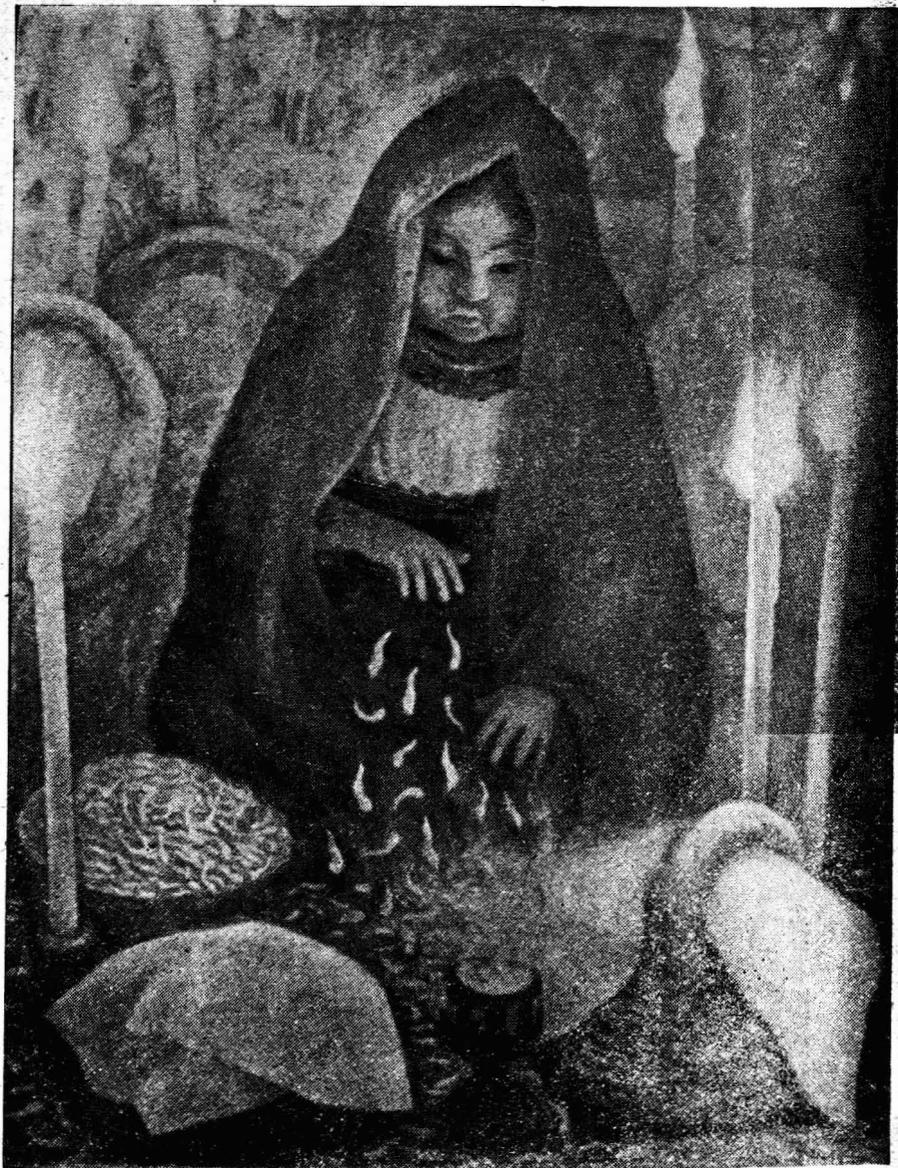


Merece todo elogio el Instituto Nacional de Bellas Artes, de la Secretaría de Educación Pública, por haber presentado la Exposición Nacional de Diego Rivera, que contiene lo que el pintor ha venido siendo hasta hoy.

Visitarla debe ser para el público, en general, presenciar el espectáculo de una prodigiosa actividad artística traducida en una explosión de colores y formas; para el turista inteligente, aproximarse a

buena parte de la historia de la pintura de los últimos cincuenta años, según uno de sus más dignos exponentes; para el espectador tradicionalista, caer en cuenta de que el león no es tan fiero como se pinta, se convencerá, quizá, de que Rivera es un maestro y de que puede gustar buena parte de su obra plenamente y sin remordimientos. Para el crítico es asistir a la formación de un gran pintor, cuya sabiduría ha consistido en absorber en su propia experiencia todo lo que ha convenido a su temperamento e intereses, y a su encumbramiento hasta las obras más originales, hasta dar cima a una de las corrientes actuales más importantes, el renovado clasicismo, que tiene en Rivera su último gran representante, en la línea: Rafael-Poussi-David-Ingres.

Bastarían unos cuantos dibujos a lápiz, como su autorretrato de 1918, algún cuadro cubista, como aquel *Paisaje tropical*, alguna obra original, como la *Danza de Tehuantepec*, el retrato de Lupe Marín y, sobre todas, aquella figura monumental de una mujer africana, sentada en una silla, pintada como sólo los grandes pueden hacerlo, por lo que tiene una significación en la historia de la pintura, para asegurar al artista un lugar prominente entre los pintores de todos los tiempos. Y, sin embargo, todo eso y más, tiene que ceder el paso a lo que viene a ser la mayor y verdadera hazaña del artista, su



"Día de Muertos." Oleo sobre tela, 1944. Col. Emma Hurtado

# La Exposición de Diego Rivera

pintura mural, que en volumen y en calidad, en detalle y en contenido, constituye una de las grandes expresiones de la cultura contemporánea.

Que a México le haya tocado —no del todo casualmente— dar al mundo un pintor de la categoría de Rivera, y aún más, contar con otros cuyas obras son de semejante estirpe, debe ser motivo de justificado orgullo para todo aquel que, aunque no esté de acuerdo con algunas de sus actitudes, no se dedique a regatearle méritos y con sentido liberal reconozca en Rivera a un gran pintor, cuyo arte contribuye a dar a México una expresión propia que trascendiendo lo nacional y regional, enriquece la cultura universal de nuestro tiempo.

IGNACIO ASUNSOLO

Director de la Escuela Nacional de Artes Plásticas.



La Exposición de Diego Rivera es la más importante que ha organizado el Departamento de Bellas Artes, incluso creo que es uno de los homenajes más grandes que se le haya podido hacer a un artista mexicano. Es una de las lecciones más bellas y más elocuentes para los que se dedican a la pintura, porque se puede observar la obra pictórica de Diego Rivera desde que era alumno de esta Escuela, hasta el logro de sus grandes triunfos.

LIC. SALVADOR GUANDIQUE

Ex Secretario de Educación Pública del Salvador y ex Catedrático de la U. N. A. M.



Lo más típicamente nuestro del arte en América Latina es la orientación pictórica encabezada por Diego, Siqueiros y Orozco. Orozco es más sintético, más total, menos detallista que Rivera, sobre todo a partir de los frescos de la Suprema Corte de Justicia. Dejándonos llevar del paralelo, Diego es el Tolstoi y Orozco el Dostoiévsky.

La actual exposición de Rivera es, indiscutiblemente, la demostración avasalladora de su genio.

Mejor equilibrio presenta Diego que Orozco, pero menos angustia. Sin duda alguna, Orozco está más a tono con el existencialismo que Sartre sacara de los medios filosóficos para volverlo tema cotidiano.

ARTURO ARNAIZ Y FREG

Profesor de Historia del Pensamiento Político en la Facultad de Filosofía y Letras.



He visitado varias veces la exposición de Diego Rivera. Empecé a conocerla desde el día en que el Presidente de la República contribuyó con su presencia a que, desde los primeros momentos, esta asombrosa exhibición de los trabajos pictóricos de Diego asumiera los caracteres de un homenaje nacional hacia uno de los artistas verdaderamente geniales que ha producido nuestro país.

He vuelto a visitarla varias veces, y todavía necesito regresar. En la serie de obras de Rivera que se exhiben en orden cronológico, puede uno seguir su esfuerzo admirable de formación personal. Se le ve evolucionar a través de múltiples experiencias, por todos los caminos que ha querido seguir la pintura contemporánea. Y en ese largo camino que Diego Rivera tuvo que seguir para llegar a ser un día, plenamente, Diego Rivera, advertimos la actitud característica del hombre de Hispanoamérica frente a la cultura de Occidente.

Han sido nuestros países regiones permeables a las buenas influencias culturales extranjeras. Pero si es verdad que a nuestra casa llegan todos los mensajes, también lo es que en la historia cultural de nuestras naciones aspiramos a lograr, después de la asimilación de las más diversas y afinadas esencias extranjeras, una síntesis en la que esté presente el sello característico, la nota individual auténticamente nuestra.

Es aleccionadora esta posibilidad, que ahora se nos ofrece, de seguir el pincel de Diego Rivera a través de caminos cosmopolitas, a veces, profundamente divergentes. La mano logra, en cada una de las experiencias, hacer que el pincel obedezca con la mayor docilidad. Hay un avance, paulatino y sin desmayos, hacia el más brillante manejo del color. Y en lo interno, allá por 1921, aparece el relámpago que, bruscamente, le permite advertir con la mayor lucidez las notas esenciales y características en los hombres y en el paisaje de México.

Es ahí donde brota su estilo con sello inconfundible. Por él parece que se expresan las fuerzas más vigorosas que han informado nuestra historia. Desde entonces hay algo de telúrico en su esfuerzo. Y al lado del dibujante y del magnífico pintor de caballete, aparece el muralista. El muralista que ha logrado que el mexicano aprenda a cocebirse tal como es.

Aparecen entre flores los indios, las mujeres y los niños. Diego Rivera sigue a las gentes de México en sus angustias, sus trabajos y sus fiestas. A él debemos atribuir la más alta responsabilidad y el mérito mayor en la revaloración estética de lo mexicano.

A veces es tan dócil a las influencias prehispánicas, que sus figuras muestran todavía cierto hieratismo, hay un innegable regusto en la expresión de los volúmenes, que les da parentesco con los ídolos.

Advierto en Diego Rivera una cierta vocación profesoral. De no haber sido el gran pintor que es, podría haber llegado a ser el más admirable de nuestros profesores de historia. Sus murales son uno de los más elocuentes atlas de historia de México y de historia universal, los sucesos quedan expresados en dimensiones heroicas. A veces —no tenemos por qué callarlo— advertimos en él ciertas concesiones hechas con el afán de claridad que mueve al pedagogo. Hay en ello la intención de entregar su mensaje a las más diversas sensibilidades. Se acumulan en sus pinturas estímulos para las gentes más diversas. Y ¡qué acertado ha sido siempre en la selección de esos estímulos!

A través de toda su obra, su pincel se ha ido poniendo al servicio de un programa definido de acción política. Ingenio a veces en sus recursos, su admirable valentía le ha permitido expresar sus convicciones sin ninguna inhibición.

Hay en Rivera no sólo el pintor genial. Al lado del artista está el sabio, el orientador de multitudes. Vista en conjunto esta exposición, que no pretende acumular toda su tarea, nos abruma su asombrosa capacidad de trabajo, como si entre las lecciones que con su vida nos entrega, hubiera querido también mostrar hasta

qué punto son capaces de llegar en sus esfuerzos de creación los hombres nacidos sobre las barrancas y los pliegues de la altiplanicie.

Hace muchos años que lo admiro. Yo sé que cuando Diego Rivera llegue a la hora de su muerte, su nombre crecerá y su prestigio escalará alturas todavía mayores. La contemplación de su mensaje íntegro, permitirá a las gentes medirlo en su cabal dimensión histórica. Dentro de algunos siglos, los hombres pensarán que mucho de lo que de él se cuenta pertenece a la Mitología. Y para entonces, Diego Rivera quedará instalado, ya para siempre, entre los ídolos y las deidades oscuras que, con su vigor y su misterio, son como fuerzas tutelares de este pueblo.

LIC. LEON VILLA GONZALEZ

INTERNACIONALISTA.



He visto la exposición de la obra de Diego Rivera y me impresionaron tres cosas principalmente:

En primer lugar considero que es la exposición más completa que se ha realizado en México de pintor alguno.

En segundo lugar me ha maravillado el dominio absoluto de la técnica pictórica de Rivera, que con igual facilidad y perfección ejecuta obras al óleo como frescos, dibujos, etc.

Y por último, se aprecia fácilmente en esa exposición el proceso evolutivo del artista que, si en sus primeros años buscaba ansiosamente su propio estilo, pronto lo encuentra y termina por cimentar una escuela personalísima y al mismo tiempo eminentemente mexicana.

## Diego Rivera y . . .

(Viene de la pág. 1.)

la cama molestando a los demás y a mí mismo. Como heredo-canceroso que soy, desearía escapar al cáncer; como por otra parte no tengo propensión al suicidio, desearía una enfermedad rápida, o mi liquidación instantánea por una bala, disparada por causa que me fuera simpática y resultara lo más útil posible a los demás.

### PROXIMAS TAREAS DEL PINTOR

Atemorizados por la idea de que uno de los más grandes artistas de México pueda morir en forma tan inesperada, nos apresuramos a conectarlo con los temas de la vida, interrogándole sobre sus próximas obras.

—De acuerdo con el señor Presidente de la República —es lo último que nos dice Diego Rivera—, creo que debo continuar lo antes posible la serie de pinturas murales del Palacio Nacional. Pintaré también un fresco en la casa del director cinematográfico Emilio Fernández, cuyo tema será el sacrificio de Emiliano Zapata. Más tarde probablemente vaya a Venezuela, a pintar un mural en el edificio del Ministerio de Bellas Artes de aquel país.